



America First: un estudio de la **esencia del "trumpismo"**

*¿Qué rasgos distinguen al "americanismo"? ¿cuáles son los orígenes de esa **clase baja blanca históricamente olvidada** y defensora de unos 'valores primordiales americanos' con los que **Trump supo conectar en 2016**?, ¿son sus antecedentes políticos solo republicanos? Este ensayo trata de desentrañar estas cuestiones.*

El populismo no es un fenómeno nuevo en Estados Unidos. Si por algo se ha caracterizado su sistema político desde sus inicios ha sido por la pugna entre el populismo democrático y el elitismo republicano. Más recientemente, el populismo se ha beneficiado por la convergencia de tres circunstancias muy concretas: en primer lugar, por el derumbe del último proyecto conservador, con

PEDRO FRANCISCO RAMOS JOSA

Doctor en paz y seguridad internacional (IUGM). Ensayista político y profesor en varias universidades. Miembro del Centro de Seguridad Internacional de la Universidad Francisco de Vitoria

el doble fracaso de la invasión de Irak y del conservadurismo compasivo de la Administración Bush; en segundo lugar, por las devastadoras consecuencias derivadas de la crisis económica de 2008, que se llevó por delante el apoyo de amplias capas de la población a la globalización; y por último, por la deriva progresista de la Administración Obama, que vació el centro político al responder el Partido Republicano con posturas cada vez más intolerantes. Hasta aquí las causas eventuales de la victoria del “trumpismo”, y que nos ofrecen solo una imagen parcial del alcance de su Presidencia. Para entender en su conjunto lo que supone la llegada de Trump al poder, se hace necesario un análisis de lo que es realmente el “americanismo” que lleva por bandera, de los orígenes históricos de la clase social que forma el núcleo de sus incondicionales y de los antecedentes políticos de ese *America First* que ha popularizado.

AMERICANISMO

El “americanismo” va más allá del patriotismo; en realidad, es el nacionalismo estadounidense convertido en el principio vector del Partido Republicano con la victoria de Donald J. Trump y que su eslogan de campaña resumía a la perfección: *Make America Great Again*. Para sus seguidores, se trata de abandonar el conservadurismo como principio central de su movimiento y, guiados por un verdadero nacionalismo, superar el monopolio bipartidista a favor del partido que de-

Para los americanistas todo estaría relacionado: inmigración, ataques al estilo de vida, guerras culturales y creación de un gran Estado intervencionista conducirían a la supresión de la república democrática creada por los Padres Fundadores

vuelva el poder al pueblo (Savage 2016, pp. 301 y 313). El objetivo de sus líderes es borrar la frontera entre la opinión pública y la política pública a través de tres dimensiones básicas: la identidad estadounidense, la política doméstica y la política exterior.

La identidad estadounidense

El primer punto a tratar de la dimensión identitaria debe ser sin duda el de la inmigración, al haber tenido un papel tan destacado en la victoria electoral de Trump. Como indica Kauffman (1995, p. 40), el desagrado de la mayoría de quienes se oponen a la inmigración en Estados Unidos tiene su raíz no tanto en sentimientos de superioridad racial como en la creencia de que aquella transformará las formas culturales autóctonas. A diferencia de cuestiones como el crimen violento, la drogodependencia o el déficit presupuestario, hay pocos asuntos en los que la opinión entre demócratas y republicanos esté tan separada como en el de la inmigración. Según una encuesta realizada en 2018 por el *Pew Research Center*, solo el 19% de los demócratas considera la inmigración ilegal como un gran problema para el país, mientras que esa cifra aumenta a un 75% en las filas republicanas.

Por tanto, la cuestión de la seguridad de las fronteras es crucial para los partidarios del americanismo, precisamente para proteger la identidad estadounidense de la contaminación exterior, algo que captó a la perfección Trump desde el inicio de las primarias republicanas, y que se convirtió en uno de los trampolines que finalmente le alzarían hasta la Casa Blanca. Para Savage (2016, p. 163), los elementos esenciales de la identidad estadounidense serían el cristianismo como religión predominante, el inglés como idioma princi-

pal y los valores estadounidenses como cultura prevalente. Esos valores son lo que caracterizan el *American way of life*, cuya defensa tiene tanto que ver con el rechazo a la inmigración por parte de los defensores del americanismo. Algo que Rush Limbaugh ya venía denunciando desde 1992 (p. 207), al concebir el multiculturalismo como una forma de atacar el estilo de vida estadounidense. En esencia, para los partidarios del americanismo lo que está en juego es sencillamente la supervivencia de los Estados Unidos predominantemente blancos, donde la balcanización habría sustituido a la asimilación y el conflicto a la armonía de antaño (Levin 2009, p. 160). Pero algunos van más allá, y denuncian que lo que está realmente tras la política de inmigración del Partido Demócrata no es otra cosa que el cambio de modelo político-social de Estados Unidos, con el objetivo final de demoler la base judeo-cristiana de la sociedad estadounidense a favor de un proyecto progresista (Limbaugh 1992, p. 281 y Savage 2016, p. 281).

Como se aprecia, los partidarios del americanismo no solo ven en la inmigración una amenaza a la identidad estadounidense basada en el estilo de vida americano, sino que la conciben como parte de un plan progresista para alterar el orden vigente en Estados Unidos. Un orden que el Partido Demócrata estaría atacando a través de una agenda doméstica basada en las guerras culturales y el estatismo, los dos asuntos más preocupantes en materia de política interior para los defensores del americanismo.

Política interior

La concepción de la década de 1960 como el inicio del ataque progresista a los valores tradicionales en Estados Unidos se encuentra en

La cuestión de la seguridad de las fronteras es crucial para los partidarios del americanismo, precisamente para proteger la identidad estadounidense de la contaminación exterior, algo que captó a la perfección Trump



todos los defensores del americanismo. Para Goldbergh (2009, pp. 165 y 197) el movimiento de la nueva izquierda iniciado en la década de 1960 buscaba redefinir la política y la naturaleza humana bajo el antiamericanismo y el odio a la cultura occidental. Un cambio impulsado desde las universidades por autores como Theodor Adorno, Herbert Marcuse o Michel Foucault, quienes en ausencia de lucha de clases se habrían apoyado en el multiculturalismo y la diversidad para instalar un relativismo moral que debilitase las instituciones sociales tradicionales, atacando así todas las normas y costumbres preponderantes hasta la fecha (Breitbart, 2012, p. 121).

Sin esta interpretación de lo ocurrido en la década de 1960, no se puede entender la oposición de los americanistas a todo lo que tenga que ver con los cambios introducidos en la sociedad estadounidense a partir de entonces, desde las políticas de género a las raciales. Pero como señala Breitbart (2012, p. 132), el conservadurismo habría renunciado a librar la batalla cultural favoreciendo así al progresismo, una deficiencia que los americanistas habrían estado tratando de solventar desde hace décadas, intentando ganar las guerras culturales para el bando conservador, con debates que van desde el aborto al feminismo, pasando por la defensa de los derechos de los animales o la defensa del medioambiente, y sin olvidarse de la lucha de grupos minori-

La desconfianza hacia las instituciones internacionales se debe a que los americanistas las conciben como una vía para subvertir el orden republicano estadounidense, ya que los progresistas se valdrían de ellas para hacer avanzar su agenda política doméstica

tarios basados en la identidad sexual, racial, o de cualquier otro tipo. Para los defensores del americanismo, el objetivo principal de los progresistas al promover su agenda social no sería otro que el de aumentar la injerencia estatal en cada esfera de la vida privada de la ciudadanía, sobre todo mediante la extensión del Estado del bienestar a través de una creciente legislación. Bien al contrario, la invocación del Estado mínimo es para los americanistas uno de los puntos principales de su agenda doméstica y la mejor garantía para recuperar la libertad perdida con el crecimiento estatal. Y no es algo nuevo, la puesta en marcha del *New Deal* en la década de 1930 ya había alzado la voz de los americanistas a favor del Estado mínimo, y en la década de 1960 sucedió lo mismo con la Gran Sociedad de L.B. Johnson, que continuaba la labor del *New Deal*. De hecho, para Limbaugh (1992, p. 148), la batalla ideológica más importante en Estados Unidos se libraría entre quienes creen que debe ser el gobierno el principal dispensador de beneficios en la sociedad y quienes defienden que ese lugar debe ser ocupado por el sector privado.

De ese modo, esos debates culturales se transformaron en las elecciones de 2016 en dos visiones completamente opuestas, la Demócrata de Hillary Clinton y la Republicana de Donald Trump. Para los americanistas todo estaría relacionado: la inmigración, los ataques al estilo de vida estadounidense, las guerras culturales y la creación de un gran Estado intervencionista; pues en conjunto conducirían a la supresión de la república democrática creada por los Padres Fundadores para sustituirla por un nuevo régimen totalitario de corte socialista. Con tal fin, los progresistas no solo se valdrían de la política interna y de la agenda identitaria, también lo harían



Lo que los americanistas defienden no es una vuelta al aislacionismo, sino la recuperación del unilateralismo en detrimento del multilateralismo como principal estrategia de política exterior y de defensa de la nación

mediante una política exterior que beneficiaría exclusivamente sus planes de dominación, y que a continuación veremos cómo describen e interpretan los americanistas.

Política exterior

Como indica Kauffman (1995, p. 16), los americanistas son “esos estadounidenses que creen que la política de defensa de los Estados Unidos debe ser solo eso –la defensa contra las amenazas inmediatas a nuestro territorio–. Eso significa en la práctica una oposición (1) al imperialismo (...), (2) a las guerras o intervenciones en nombre de principios internacionalistas... o bajo el mando de entidades globales y (3) a las instituciones o tratados que transfieran la soberanía estadounidense a cuerpos internacionales o multinacionales”.

Conviene tener en cuenta que el unilateralismo, sobre todo en su versión aislacionista, ha sido la tradición de política exterior

más antigua y longeva en la historia de Estados Unidos, tan solo superada por el internacionalismo tras la victoria aliada en la II Guerra Mundial, y sobre todo con la aceptación del liderazgo occidental durante la Guerra Fría (Josa, 25, p. 162). En contraste, el rechazo al mesianismo global es lo que conduce a los americanistas a criticar el mantenimiento de la Alianza Atlántica, pues lo que Estados Unidos debería encarar de una vez por todas es el desmantelamiento del Estado de Guerra Fría heredado tras décadas de enfrentamiento con la URSS. La desconfianza hacia las instituciones internacionales se debe a que los americanistas las conciben como una vía para subvertir el orden republicano estadounidense, ya que los progresistas se valdrían de ellas para hacer avanzar su agenda política doméstica. Por eso mismo, declaraciones como las de Trump criticando la Alianza Atlántica o la ONU calaron tan bien entre sus seguidores, pues eran justo lo

que venían demandando de sus representantes desde hace décadas, es decir, el abandono del internacionalismo a favor de una política donde Estados Unidos fuese la única prioridad. Lo que los americanistas defienden no es una vuelta al aislacionismo, sino la recuperación del unilateralismo en detrimento del multilateralismo como principal estrategia de política exterior y de defensa de la nación; algo que, por otro lado, los líderes políticos estadounidenses llevan haciendo con mayor o menor intensidad desde el final de la Guerra Fría (Josa, 2015, p. 299). La única diferencia reside en que Trump no ha tenido reparos en asumirlo sin tapujos ni disimulos.

Bajo el americanismo, no solo el internacionalismo es atacado, también el ultralibe-

La clase baja blanca no es algo reciente, existe desde el nacimiento de la nación y por tanto es posible trazar un recorrido histórico de esa clase social tan vilipendiada en Estados Unidos que se conoce como “basura blanca”

ralismo económico que, con sus externalizaciones y políticas de empleo, tanto ha perjudicado a las clases medias y bajas de Estados Unidos, reclamando sus seguidores una economía también de corte nacionalista, que para ojos externos es puro proteccionismo. Una economía nacionalista que Pat Buchanan adelantaba bajo un programa americanista en 1991, en su discurso de candidatura a las primarias republicanas, y adelantándose más de veinte años a Trump, aseguraba que devolvería a casa los puestos de trabajo estadounidenses (Buchanan, 1991). Pues, según los americanistas, la soberanía nacional debe recuperarse también en el terreno económico, y Trump, al atacar la externalización y los acuerdos tipo NAFTA, habría conectado con los recelos de tantos votantes frustrados y perjudicados por la globalización económica, incluso del bando demócrata.

AMERICANISMO Y WHITE TRASH

La clase baja blanca no es algo reciente, existe desde el nacimiento de la nación y por tanto es posible trazar un recorrido histórico de esa clase social tan vilipendiada en Estados Unidos



que se conoce como “basura blanca”, y que comprende grupos tan famosos como los *red-neck* o los *hillbilly*. Hacia 1800, un quinto de la población estadounidense se había desplazado a la frontera, entre los montes Apalaches y el Mississippi. Como indica Isenberg (2017, p.105), para muchos, esos emigrantes pobres representaban el equivalente norteamericano de la clase social más empobrecida y despreciada de Gran Bretaña, los vagabundos, y cuyas posibilidades de movilidad social eran igualmente inexistentes en América. Es más, para entonces, ya se les asociaba con cinco rasgos negativos que les han acompañado hasta el presente, a saber: residencias vulgares, un vocabulario fanfarrón, desconfianza hacia la civilización y la gente de la ciudad, un amor instintivo a la libertad y unas pautas degeneradas de reproducción.

Esa misma clase fue la que aupó a Andrew Jackson a la presidencia en 1828, tras haber ganado también el voto popular en las elecciones de 1824, convirtiéndose en el primer Presidente de la nación que había nacido en el Oeste, en Tennessee. De hecho, el habitante de la frontera, “para las décadas de 1830 y 1840 se convirtió en un símbolo de la política partidista, celebrado como un icónico hombre común que llegó a equipararse a la democracia jacksoniana” (Isenberg, 2017, p. 111). Es más, el atractivo de Jackson se basaba precisamente en sus rudas maneras, tan alejadas de los mo-

Los habitantes de la frontera desarrollaron una cultura propia, que estimaban era la de la América real, pero que muchos observadores encontraban desagradable. Afincados en zonas rurales y pobres, desconfiaban de los partidos políticos

dales de la clase política de la Costa Este que había dominado la escena política hasta el momento. De hecho, la irrupción de Jackson añadió a la ecuación democrática estadounidense la dimensión de clase de la que había carecido hasta entonces, por eso mismo, su candidatura transformó la política democrática estadounidense (Isenberg, 2017, p. 127). Nada sorprendente, si tenemos en cuenta que, desde la misma independencia, los habitantes de la frontera fueron quienes más se habían opuesto al nuevo orden constitucional sancionado en 1787, e incluso llegaron a crear su propio estado independiente, el efímero estado de Franklin (Woodard, 2011, p. 189).

De ese modo, los habitantes de la frontera desarrollaron una cultura propia, que estimaban era la de la América real, pero que muchos observadores encontraban desagradable. Afincados en zonas rurales y pobres, desconfiaban de los partidos políticos, viéndolos como simples cárteles de poderosos intereses dispuestos a imponer su moral sobre el resto de la nación a través de la acción gubernamental (Woodard, 2011: 193). En cualquier caso, no sería hasta después de la Guerra Civil que los habitantes de la frontera del Medio Oeste se unieron a la coalición denominada *Dixie*, en clara oposición a la dominante clase política del Litoral Noreste, cuando el espíritu libertario de la frontera chocaría con el proyecto de Reconstrucción del Norte sobre el vencido Sur, convirtiendo a los habitantes de Apalachia en extranjeros dentro de su propio país (Goald, 1997, p. 89), generalmente dependientes de los planes de ayuda federales. La crisis económica iniciada en 1929 añadió aún mayores dosis de dramatismo a su situación, y la llegada a la Casa Blanca de F.D. Roosevelt lo cambiaría todo. Si en 1934 se cerró oficialmente la fron-

tera, el *New Deal* transformó por entero el papel del Gobierno Federal a escala nacional, y uno de sus objetivos fue mejorar la situación de esas clases bajas sin empleo ni tierras que trabajar que poblaban el Sur, y Apalachia en particular. La Gran Sociedad de L.B. Johnson intentaría hacer lo mismo tres décadas después, con dos objetivos principales, la población negra pobre y urbana y la gente de las montañas de Apalachia (Isenberg, 2017, p. 262).

Para entonces, su éxodo había comenzado y más de dos millones de sus miembros habían dejado sus reductos sureños en busca de trabajo en los centros industriales de la automoción y minero-metalúrgicos de ciudades como Baltimore, St. Louis, Detroit, Chicago o Cincinnati. Fue entonces cuando la emigración del Sur evidenció las diferencias de clase entre la

propia población blanca, transformando a la segregación en un asunto mucho más complejo que un simple asunto racial (Isenberg, 2017, p.236). De hecho, la oposición por parte de las clases bajas blancas del Sur y de Apalachia a los cambios sociales producidos por la revolución cultural de la década de 1960 guarda una estrecha relación con su situación económica y de exclusión social, pues dichos cambios fueron impulsados por los mismos que perpetuaban la estratificación social de las clases bajas, convirtiendo a los suburbios en fortalezas de estatus social para mantener alejadas a las indeseables clases bajas (Isen-

berg, 2017, p. 239). Precisamente, esas fortalezas de exclusión mantuvieron intactos los valores y la cosmovisión de los emigrados, que lejos de asimilar los principios del Norte, vieron en la preservación de su identidad la única defensa a su alcance, expandiendo de ese modo el radio de acción de su influencia política.

Si el movimiento de los derechos civiles había movilizado el poder federal para desmantelar el querido sistema de castas racial del Sur, hasta el punto de ser denominado como la Segunda Reconstrucción, la revolución cultural de la década de 1960 tuvo un impacto no menos significativo, pues su agenda era totalmente contraria a todo lo que representaba el Gran Sur y muchas partes de Apalachia. Su respuesta fue exacerbar sus referencias evangélicas para resistir el cambio social propuesto por los reformistas, una tendencia que se ha extendido hasta el presente, en la medida en que las guerras culturales que resurgieron en la década de 1990, y que continúan mediatizando el debate político interno en este principio de milenio, cuando parece estar dándose una repetición del enfrentamiento entre el Norte reformista y el Sur tradicionalista, que opondría el creacionismo, la oración en las escuelas, la abstinencia sexual, la prohibición del aborto o los derechos de los estados a las libertades civiles, la libertad sexual, el feminismo, los derechos de los homosexuales o la protección del medioambiente (Woodard, 2011: 281).

LOS PREDECESORES DEL "TRUMPISMO"

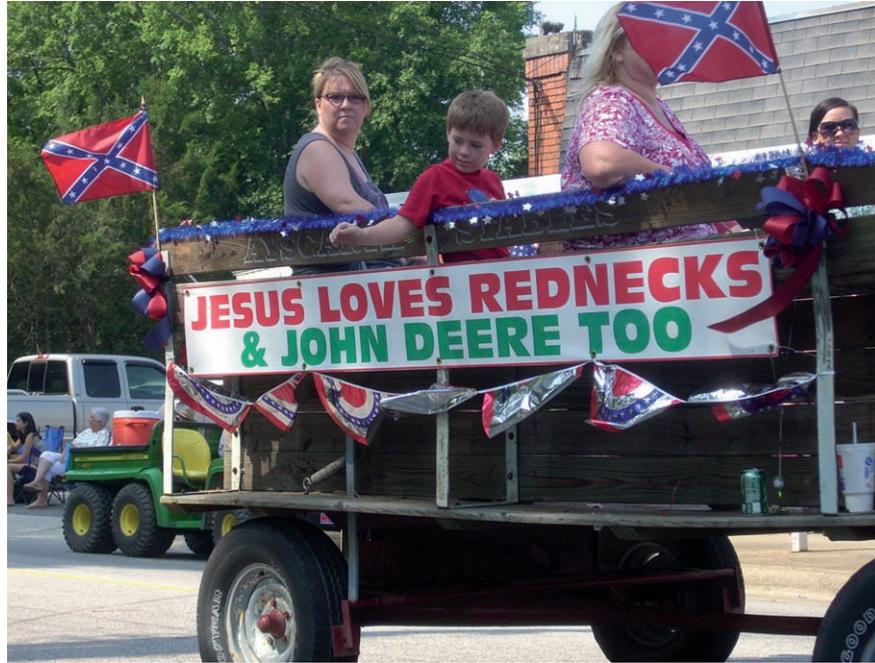
Si algo denota el repaso de la semblanza de esa "basura blanca" es que "la fuerza ideológica más profunda tras el trumpismo está enraizada en la historia" (Dionne, 2016, p. 2).

La oposición por parte de las clases bajas blancas del Sur y de Apalachia a los cambios sociales producidos por la revolución cultural de la década de 1960 guarda una estrecha relación con su situación económica y de exclusión social

Como veremos en el presente apartado, Trump no ha sido el primero en apelar a las clases blancas empobrecidas, ni siquiera el único en triunfar al hacerlo, tan solo es el último y más estridente representante de una corriente política despreciada hasta el presente por las élites políticas y periodísticas de Estados Unidos.

Ya se ha descrito cómo Andrew Jackson llegó a la Casa Blanca denunciando el elitismo de una clase política alejada de su pueblo, con un estilo que recuerda mucho al utilizado en el presente por Donald Trump. El populismo democrático de Jackson fue continuado, entre otros, por James Vardaman, gobernador de Mississippi en la primera década del siglo XX, gracias al populismo blanco y a políticas racistas que le garantizaron el apoyo en las primeras elecciones llevadas a cabo por el sistema de primarias (anteriormente, el Partido Demócrata había rechazado su candidatura en dos ocasiones). Apodado el 'jefe blanco', para Vardaman la democracia pertenecía al pueblo, quien tenía el derecho a expresarse de cualquier forma, sin importar lo maleducado que fuese. Viéndose como el defensor de los blancos pobres, abrazó de forma dramática la identidad de la "basura blanca", exacerbando intencionadamente los resentimientos de clase (Isenberg, 2017, p. 189).

Más tarde, en 1920, el senador Hiram Johnson, de California, lanzaría una campaña basada en la defensa del americanismo, en clara contraposición al internacionalismo del presidente Woodrow Wilson. Un internacionalismo que también fue atacado tras la II Guerra Mundial incluso por uno de sus mayores defensores, el senador Fulbright, quien



Fuente: Flickr.com/photos/gerrydincher

asimismo no dudó en unirse al Manifiesto suroccidental en contra de la decisión del Tribunal Supremo de acabar con el segregacionismo en las escuelas (Kauffman, 1995, pp. 109 y 150). Es más, Fulbright anticipó el realineamiento político más importante en la década de 1960, el viraje del Sur desde las filas demócratas a las republicanas, consolidado completamente bajo la presidencia de Richard M. Nixon. La famosa mayoría silenciosa de Nixon se basaba en conducir a los segregacionistas partidarios de George Wallace al Partido Republicano, con la intención de crear una alianza conservadora perdurable entre los católicos urbanos y los blancos del Sur sobre líneas ideológicas. Pero la victoria de Nixon no fue completa, su viraje a la derecha supuso una guerra interna entre los republicanos más conservadores y los más progresistas, "y finalmente, muchos republicanos progresistas se rindieron y cambiaron de partido o se retiraron de la política (...) de igual modo que los demócratas del Sur se mudaron

al Partido Republicano, los republicanos del Norte respondieron del mismo modo” (Dionne, 2016, pp. 76 y 77).

La división interna republicana se evidenció en el enfrentamiento entre Gerald R. Ford y Ronald W. Reagan, que acabó facilitando la victoria al demócrata Jimmy Carter, el último de los presidentes demócratas en lograr una mayoría de condados, merced a su atractivo de clase entre los blancos y afroamericanos con menos ingresos. En todo caso, ese idilio duró menos de un mandato, y en 1980 Reagan consiguió una incontestable victoria gracias a la urdimbre de una nueva coalición basada en los tradicionales valores familiares del trabajo, el vecindario, la paz y la libertad. De ese modo, logró el apoyo de lo que en su día había constituido la columna vertebral de la mayoría demócrata del *New Deal*, trasvase que se conoció como los demócratas de Reagan (Dionne, 2016: 81). Así, la desafección hacia la injerencia gubernativa llevó a millones de trabajadores del Cinturón del Óxido a votar por Reagan, y mantuvo a los republicanos en el poder bajo su sucesor, G.W. Bush. En todo caso, la coalición de Reagan se desintegró en 1986, y para 1992 estaba completamente destruida, propiciando la victoria del demócrata William J. Clinton.

Curiosamente, sería el demócrata L. Douglas Wilder el primer gran político de la década de 1990 en basar su campaña en el *America*

Trump no ha sido el primero en apelar a las clases blancas empobrecidas, tan solo es el último y más estridente representante de una corriente política despreciada hasta el presente por las élites políticas y periodísticas de Estados Unidos

First, lo que le sirvió para convertirse en el primer gobernador afroamericano de Estados Unidos. Pero los votantes no estaban aún preparados para una agenda denominada *Put America First*, y eligieron al centrista Bill Clinton en su lugar en las primarias demócratas. De todos modos, sería en las filas republicanas donde el americanismo tendría mayor calado a lo largo de la última década del siglo XX, anticipando en gran medida los puntos clave de la victoria de Donald Trump en 2016. Lo que demócratas como Wilder y republicanos como Pat Buchanan o independientes como Ross Perot encarnaron fue el renacimiento de la democracia de base, alimentada por millones de estadounidenses que viven en comunidades rurales (Kauffman, 1995, p. 180). Así, Buchanan, que logró tres millones de votos en las primarias republicanas de 1992, fue el mayor representante del americanismo en las filas conservadoras. Para él, una vez finalizada la Guerra Fría, había que forjar un patriotismo de nuevo cuño que antepusiese los intereses nacionales en cualquier tipo de negociación exterior (Buchanan, 1991). Buchanan pretendió de ese modo captar el apoyo de todo el electorado presentándose como el abanderado de la clase media de ambos partidos, e incluso sin afiliación política, criticando a una maquinaria partidista osificada y muy alejada de la ciudadanía. De hecho, Buchanan no dudó en presentarse en clara contraposición al presidente G.W. Bush, confrontando nacionalismo a globalismo y el sueño de alcanzar la paz universal a la promesa de recuperar la vieja república, pues de lo que se trataba era de colocar a Estados Unidos en primer lugar (Buchanan, 1991).

Ese mismo año de 1992, Ross Perot se presentó como candidato independiente a Presidente por el Partido Reformista, y usando un

lenguaje *antiestablishment*, se apoyó en la dimensión económica del americanismo, argumentando que Estados Unidos debía dejar atrás la organización de Guerra Fría para reconstruir la base laboral e industrial del país, pues debía recuperar el orgullo del "Made in the USA" (Perot, 1992). Perot intentó capturar el malestar popular logrando más de 19 millones de votos, que no se tradujeron en votos electorales al no imponerse en ningún estado. Como señala Kauffman (1995: 228), el discurso de Perot sedujo a los votantes que forman ese grupo denominado MARs, *Middle-American Radicals*, integrado por quienes se sienten amenazados por la combinación de las élites económicas y el favoritismo gubernamental hacia todo tipo de minorías. Aunque Perot fracasó a la hora de superar la inercia bipartidista, su iniciativa independiente certificó un cambio significativo en la política estadounidense, la pérdida demócrata de votos entre las clases medias y trabajadoras blancas, ratificando el trasvase de la base demócrata de la era del *New Deal* a una nueva coalición conservadora (Dionne, 2016: 117).

Como indica Kauffman (1995: 205), Wilder, Buchanan o Perot demostraban que el mo-

mento populista había llegado a Estados Unidos, pero las élites políticas republicanas o demócratas no apelarían directamente a ese electorado durante el resto del siglo XX, y tampoco lo harían a comienzos del XXI. En el seno conservador, movimientos como el Contrato con América y el surgimiento del *Tea Party* fueron señales de lo que estaba por venir en 2016; sobre todo este último que, anclado dentro del Partido Republicano bajo la imagen de una insurgencia contra sus propios dirigentes, provocó una redefinición del conservadurismo, demostrando que la rabia entre los conservadores de base y la clase trabajadora republicana no había desaparecido. Y, contra todo pronóstico, Donald J. Trump emergió como el improbable campeón de ambos grupos (Dionne, 2016, pp. 401, 448 y 414).

CONCLUSIONES

Como se desprende del análisis del recorrido histórico del populismo americanista, la victoria de Donald J. Trump no es un fenómeno aislado en la historia de Estados Unidos. Más bien, el éxito de Trump es consecuencia del constante realineamiento político que experimenta Estados Unidos en cada ciclo electoral, de la rabia acumulada por amplias capas de la sociedad estadounidense hacia su clase política y de la radicalización del debate interno en torno a asuntos culturales que vienen marcando la agenda política doméstica estadounidense desde la década de 1960. Y el protagonismo de esa *white trash* analizada a lo largo del presente trabajo ha sido relevante en los tres casos.

La única novedad que ha supuesto Trump al respecto es que triunfó allí donde Buchanan y Perot habían fracasado, es decir, alcanzó la victoria haciendo de esa *white trash* olvidada



Trump triunfó allí donde Buchanan y Perot habían fracasado. Alcanzó la victoria haciendo de esa *white trash* olvidada por la clase dirigente el centro de su coalición de votantes, algo que no sucedía a nivel nacional desde Andrew Jackson

por la clase dirigente el centro de su coalición de votantes, algo que no sucedía a nivel nacional desde Andrew Jackson. Presentándose como un insurgente dentro de las filas republicanas, lo que el movimiento Trump delata en el seno conservador, y por extensión en el conjunto de la sociedad estadounidense, es la profundidad del descontento popular hacia una clase política que considera le ha desilusionado y traicionado. Pero la rabia que hizo ganar a Trump no solo se expresa contra las clases dirigentes, sino contra todo el proyecto progresista de transformación cultural. Como vimos en el análisis del americanismo, la oposición de los sectores más

conservadores a la revolución cultural iniciada en 1960 fue decisiva para entender la mutación política que supuso el fin del consenso liberal del *New Deal*. Es más, la clave de su victoria radica en haber ganado para la causa republicana a esos MARS de la Gran Apalachia integrados ahora como elemento central de su coalición electoral y que, de movilizarles de nuevo, pueden otorgarle la reelección. ■

PALABRAS CLAVE

EE. UU. ● Americanismo ● Trump ● Populismo ● Elitismo
● Demócratas ● Republicanos ● Inmigración ● Aislacionismo
● Multilateralismo ● Unilateralismo ● Nacionalismo
● Internacionalismo ● *American Way of Life* ● *America First*
● Andrew Jackson

BIBLIOGRAFÍA

- Breitbart, Andrew** (2012). *Righteous Indignation*. New York: Grand Central Publishing.
- Buchanan, Patrick J.** (10 de diciembre de 1991). *Announcement of Candidacy*. Disponible en <http://www.4president.org/speeches/buchanan1992announcement.htm>.
- Dionne Jr., E.J.** (2016). *Why the Wright Went Wrong. Conservatism- From Goldwater to the Tea Party and Beyond*. New York: Simon & Schuster.
- Goad, Jim** (1997). *The Redneck Manifesto*. New York: Simon & Schuster Paperbacks.
- Goldberg, Jonah** (2009). *Liberal Fascism. The Secret History of the Left from Mussolini to the Politics of Meaning*. London: Penguin Books.
- Isenberg, Nancy** (2017). *White Trash. The 400-Year Untold History of Class in America*. New York: Penguin Books.
- Josa, Pedro F. R.** (2015). *La gran revolución americana. Las raíces ideológicas de la política exterior de Estados Unidos*. Madrid: Ediciones Encuentro.
- Kauffman, Bill** (1995). *America First! It's History, Culture, and Politics*. New York: Prometheus Books.
- Levin, Mark R.** (2009). *Liberty and Tyranny. A Conservative Manifesto*. New York: Threshold Editions.
- Limbaugh, Rush** (1992). *The Way Things Ought to Be*. New York: Pocket Books.
- Perot, Ross** (1 de octubre de 1992). *Announcement of Candidacy*. Disponible en <https://www.c-span.org/video/?32880-1/ross-perot-presidential-campaign-announcement>.
- Savage, Michael** (2016). *Government Zero. No Borders, No Language, No Culture*. New York: Center Street.
- Woodard, Colin** (2011). *American Nations. A History of the Eleven Rival Regional Cultures of North America*. New York: Penguin Books.